



SUMARIO

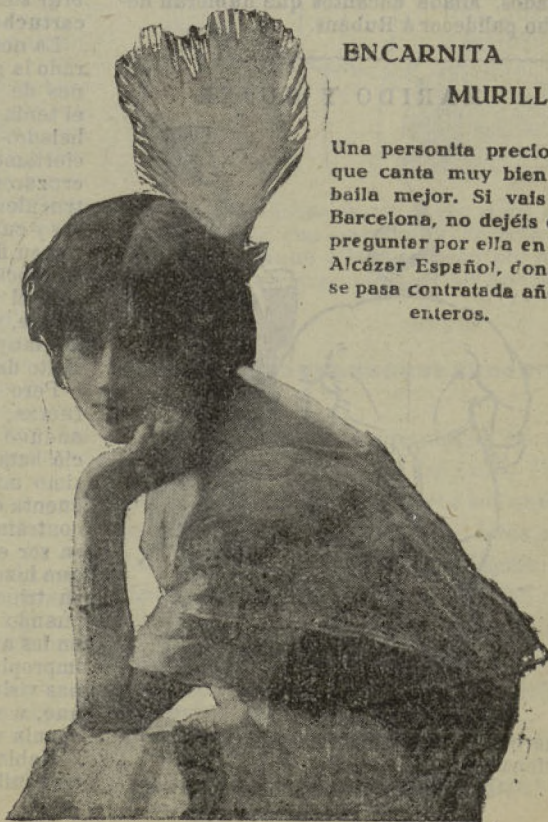
CARAS BONITAS

- MATÍAS MORALES**
Sección vermouth
- LEÓN DE TOLEDO**
El despertador.
- AGUSTÍN PAJARÓN**
La viuda.
- GONZALO CANTÓ**
Granos de sal.
- CÉSAR JALÓN**
Nuestras artistas y la guerra.
- ANGEL ALCALDE**
Contrastes callejeros.
- CATULO MENDES**
Interrogatorio.
- JOSÉ COSTA FIGUEIRAS**
Oriental.
- RAFAEL RUIZ LÓPEZ**
Tú y yo.
- TOVAR, PACO MATEOS,
TINO y ARÉVALO,**
Varios dibujos y retratos de
Encarnita Murillo, Pastora
Imperio, y Balder.

ENCARNITA

MURILLO

Una personita preciosa que canta muy bien y baila mejor. Si vais á Barcelona, no dejéis de preguntar por ella en el Alcázar Español, donde se pasa contratada años enteros.



5 cénts.



LA VERDADERA TACTICA

En este pícaro mundo, las guerras, como todo, se han hecho para tormento y ruina de los más débiles.

En apoyo de nuestro aserto, hemos de contar al curioso lector la desgracia acaecida á un desventurado teutón á quien las bélicas andanzas de su bigotudo soberano arrancaron de la pacífica trastienda de una salchichería y amorosos brazos de su esposa, digna dama que á unos suculentos treinta y ocho años muy bien llevados, añade encantos que hubieran hecho palidecer á Rubens.

UN MARIDO Y MUJER



—Estoy pensando que todas las mujeres hermosas se cuidan de elegir maridos inofensivos.

—¡Qué adulator eres!

Nuestro apreciable alemán, para quien el mundo se circunscribía á la fabricación y compraventa de la salchicha, á la adoración de su jamona compañera y al cuidado y educación de dos capullos de mujer, fruto de bendición de tan honesto hogar, maldito lo que pensaba en que pudiera perturbarse la paz de su casa, y que en lugar de envolver embutido, tuviese necesidad de cubrir su cabeza con un artefacto tan incómodo, pesado y antiestético como el casco prusiano; ceñir sus fofas carnes con marciales arreos y apesadumbrar sus hombros con la carga de morral, cartuchera y fusil.

La noticia de que el Kaiser había declarado la guerra á medio mundo, las órdenes de movilización y el saber que hasta él tenía que echarse al campo, le dejaron helado. Por su cerebro, que nunca fué, ciertamente, un prodigio de imaginación, cruzaron aterradores fantasmas, escenas truculentas. Vió perdidos tranquilos goces y cuantas comodidades le proporcionarían su floreciente negocio y el cariño de su esposa é hijas.

Y el pobre germano maldijo su perra suerte, y en su desesperación tuvo recuerdos muy elocuentes para los causantes de tanto daño é infortunio.

Pero no hubo remedio: el héroe, por fuerza, se incorporó á su regimiento, y anduvo kilómetros tras kilómetros, padeció hambre, sed, frío, cansancio, muchísimo miedo, y no se dió la más remota cuenta de la finalidad de tantas marchas y contramarchas, ni supo nunca cuál pudiera ser el blanco de los infinitos disparos que hizo. Cuando no estaba agazapado en su trinchera, hacía lo que todos: fuego cuando se lo mandaban, dejarse arrastrar en los avances y huir con una presteza impropia de su facha y de su fecha, apenas vislumbraba la posibilidad de un ataque, y á sus hábitos de prudencia no se oponía voluntad superior á la suya.

Había perdido la noción del yantar tranquilo y calentito, y de su memoria

desapareció como un sueño lo que era dormir entre sábanas; pero lo que no se borraba de su imaginación eran los pródigos encantos de su mujercita y la gentileza de sus niñas.

No ocurría otro tanto en la ciudad de X. La esposa del guerrero y sus dos retoños, casi no tenían tiempo para pensar en el ausente, pues la proximidad de la frontera rusa traía de cabeza á todo el vecindario.

Hoy los terribles moscovitas se apoderaban del pueblo para evacuarlo al siguiente día y recuperarlo poco tiempo después.

Aquello no era vivir. Cuando entraban los rusos, sufrían los rigores propios de todo asalto, agravando la situación los zambombazos que disparaban los alemanes para echar del pueblo á los invasores, y cuando éstos se marchaban era sencillamente para volver con más fuerzas y no menos coraje á tomar el terreno perdido.

Como todo acaba en este mundo, terminaron los súbditos del czar por adueñarse definitivamente de la ciudad de X, y en ella entró lucido ejército para guarnecerla.

A la casa del soldado ex salchichero fueron á parar cuatro ó cinco oficiales y los ordenanzas de rigor, y aquella dama alemana, señora y dueña de las salchichas más codiciadas del Imperio, pasó por la pena de tener que humillar su patriotismo y doblegarse á los caprichos de sus forzosos huéspedes.

Mucho costó á la orgullosa patriota y á sus niñas, tan teutonas como la madre, consentir que los oficiales enemigos hicieran su libérrima voluntad en aquel hogar; pero, al fin, «como dádivas quebrantan peñas» y las finezas acaban por ganarse los ánimos más contrarios, llegó un momento que las tres mujeres acataron las duras leyes de la guerra y se sometieron al capricho del vencedor

El salchichero, de vez en vez, cuando menos lo piensa, recibe cartas de su adorada mujercita exhortándole para que no cese en su labor de exterminio, y siempre analiza las misivas de esta guisa:

«Nosotras no nos rendimos á la adversidad, y á todas horas nos ingeniamos para debilitar al enemigo.»

MATÍAS MORALES

LA EDAD DE LA REFLEXION



—Cuando pienso en mi pobre viejo, no puedo menos que envidiar á Francia y Alemania, porque ellas acabarán por entenderse, y nosotros no es posible que nos entendamos.

Los originales no premiados en el Concurso de novelas de *El Libro Popular* y aún no recogidos por sus autores, están á la disposición de éstos en las Oficinas de Ediciones «España», Santa Isabel, 45, hasta el día 30 de Abril próximo, en cuya fecha se inutilizarán todos aquellos cuya devolución no haya sido solicitada con anterioridad.

PARENTESCO CERCANO



—Estoy viendo que la gente creerá que me habéis cogido de primo.

—Hombre, tanto como primo, no; pero no puedes negar que «nos tocas de cerca».

El despertador

Qué diferencia del Rodríguez de hoy, al Rodríguez de hace dos meses! De aquel vergonzoso gabán, cuyo cuello deslustrado corría parejas con lo lustroso de los codos; aquellos pantalones que terminaban en artísticos flecos; aquellas botas cuyas suelas estaban condecoradas con sendos agujeros; aquellas corbatas de color indefinible... todo aquello pasó á la historia: hace dos noches se presentó Rodríguez en el Colonial hecho un brazo de mar, completamente transformado, sin melenas, rasurado el resto, con un traje de sorte irrefragable y hechura reciente...

Nuestro Rodríguez no era nuestro Rodríguez: era otro hombre; era un aspirante á contrata de la esquina de la Cruz del Campo, transformado en un socio del «Nuevo Club».

Bien es verdad que hacía un trimestre que no le veíamos, y aunque nos extrañaba que no viniese á nuestra mesa á beberse la leche de la copa y á guardarse los terrones para su perro, un perro del que no conocíamos ni el más leve ladrido, no le echábamos mucho de menos, porque nuestro amigo era maestro en relatar sus miserias, y ducho en conmover nuestro corazón con sus lástimas, para llegar después con sus peticiones á nuestros bolsillos.

Así no es de extrañar que la entrada en el café de nuestro héroe, nos dejase sin habla, que tal fué nuestra estupefacción; pero cuando nuestro asombro rebasó los límites de lo inesperado, fué cuando, sentándose con una afectada elegancia, batió palmas, pidió la lista y agregó calmosamente, para dar

más importancia á su decir: «Pedid lo que queráis: esta noche os convido á cenar»; y como coetilla, campanadamente, mirándonos al hablar, agregó con lentitud: «¡Ah! que pongan á beber una de Moet Chandon.»

Una vez que se retiró el camarero, todos los viejos amigos de noctambulería permanente, miramos de hito á hito á Rodríguez, esperando que nos contestase á una pregunta que ninguno le habíamos hecho; tan por dicha la teníamos todos con sólo pensarla.

—Bueno, queridos contertulios —empezó nuestro inesperado anfitrión—, os habéis quedado de cemento *Portland*, y no sin motivo; me preguntáis *in mente* qué ca-

ES INCOMPATIBLE

Mateos



—¡Vamos, prenda, acceda usted!

—No, no, señor. ¿No ve usted que entonces no podría estar al mismo tiempo en la procesión?

licata hice que me dió tal filón; queréis saber, sin duda, cuál es el *Sésamo, ábrete*, donde encontré los billetes de Banco que me permiten vestir como visto, convidaros como os voy á convidar y tenerme sin cuidado que Pepe Furcio forme para Calasparra, ó que me contraten en serio para una *tournee* por la Argentina. Mi secreto consta sólo de tres palabras, que si no son mágicas, lo parecen, pues esas tres palabras, queridos compañeros, os darán la clave de un misterio que, como todos los misterios, deja de ser tal en el instante en que puede entrar la lógica, y de la desconocida premisa podemos pasar á la natural conclusión.

Después de este pequeño exordio, tosió, sacó con dejadez una magnífica petaca, se quitó los guantes dejándonos ver un solitario en el meñique de su mano izquierda, nos ofreció un puro, legítimo Bismark, y agregó lentamente, mientras el camarero extendía sobre el mármol el ampo mantel:

—Me he casado.

Desde esta bendita España de nuestros querer, no podemos hacernos una idea, por muy aproximada que quisiéramos, de lo que debe ser un disparo de un obús del 42; pero el que hubiese contemplado el grupo que anheloso miraba al elegante disertador, hubiera podido tal vez juzgar de lo que es una explosión del famoso morterc; tal nos quedamos sin habla, sin respiro, sin saber qué decir.

Por fin, un viejo barba que venia invariablemente al café á buscar contrata para unos bolos, que esperaba también siempre la orden de marcha, dijo sobreponiéndose á su emoción: «¡Que tehas casado!» Y como si la admiración hablada de nuestro viejo amigo, fuera el monitor que nos hiciese querer avanzar en el terreno investigador que ante nuestros ojos se abría, atropellándonos en el decir, hablando todos al tiempo, preguntamos al ex sablista, hoy afortunado poseedor de billetes de mil: «¿Pero cómo? ¿Pero cuándo? ¿Pero con quién? ¿Dónde? ¿Por qué?»

—Calma, calma, queridos amigos, y cese la vuestra envidia que veo aparecer en vuestros ojos, y que se deduce de vuestras actitudes y preguntas. Tengo dinero, tengo joyas... pero soy más desgraciado tal

DEL CAFÉ CON... CERT



—¡Andal! ¿Pero os hacen salir así á escena?

—Sí, chico. Y tan á gusto.

—Pues yo creí que os quejaríais.

—¿Por qué?

—Porque salís en «carne viva».

vez que cuando os pedía terrones para mi perro, un pobre can que sólo existía en mi entonces ajetreada imaginación; me he casado, si casarse llamáis á ir á la iglesia y decir que sí, cuando ya no se puede decir que no; pero mi casamiento es una venta hecha ante la necesidad. *Necesitas ceret lege*, y para venir hoy á veros, he tenido que matar á un íntimo amigo, á quien, para mi mujer, estoy velando esta noche en su último sueño. Comprenderéis lo que debo sufrir ante una setentona, ávida de

caricias que sólo despiertan la carne fresca, y cuyo cuerpo flácido sólo da vehementes deseos de dormir, para olvidar... y menos mal que mi ingenio me ha salvado de una cruel explotación. Esta intimidad no importa decirla; tales son los encantos de mi mujer, que realza mi talento malleioso.

Me casé: la noche de bodas fué horrible sin comparación; cerré los ojos y cumplí mis deberes hasta con exceso, y cuando, rendida por el amor violento que en mis brazos sintiera mi averiada costilla, con voz melosa, llena de un lógico cansancio, me dijo amorosamente: «Rodríguez, incorpórate; en la mesilla de noche hay un reloj que está parado, era de mi primer marido: dale cuerda...», yo os confieso que al coger el pequeño despertador, lo hice sin darme cuenta de lo que hacía, le puse en marcha, y entonces, continuando mi vieja desposada, añadió: Era costumbre inveterada de mi primer marido, darle cuerda todas las noches cuando el amor, habiendo rendido nuestros cuerpos, nos invitaba á dormir, pensando que al otro día volveríamos á estar fuertes para las lides del amor... y hoy, querido Rodríguez, yo no sé lo que ya me ocurre; pero ver el reloj, pensar en la cuerda y desear amores violentos, carnales, lujuriosos, es para mí cosa instantánea; así es que ya lo sabes, querido mío: todas las noches das cuerda á tu mujer, y luego al despertador.» Yo, queridos amigos, al oír esto, me horroricé, pensé en mi martirio y maldije mis esponsales... pero ¡ah, viejos compañeros! á la noche siguiente descansé como un hombre: al viejo reloj había sustituido un precioso artefacto, al que no quité ni el cartel que en el escaparate ostentara. Era una máquina sutil, delicada, en cuyo pie se leía en un tarjetón en letras rojas: «Cuerda cada treinta días.»

Desde aquella noche duermo tranquilo, y sólo de mes en mes, sufro los rigores de un encanecido amor. Y ante nuestros acorados ojos, descorchó con una *nouchalance* que acreditaba una

DE LA SEMANA ENTRANTE



—¿Y qué has sacado en limpio del sermón, hija mía?

—Nada; que me parezco un poco á Pilatos.

—¿Por qué?

—Porque yo también me lavo después las manos.

GALANTERIAS



—Caballero, me ha ofendido usted diciéndome que pertenezco al *demi monde*.

—Es verdad; usted pertenece al mundo entero.

reciente práctica, una helada botella de *champagne Moët*.

LEÓN DE TOLEDO

LA VIUDA

Pobre mujer que, de dolor transida, dejó en el apartado cementerio, envuelto entre las brumas del misterio, al digno compañero de su vida.

En un mundo de duelos reclusa sufre de su abandono el cautiverio, pensando de la muerte en el cauterio que ha de curar de su viudez la herida.

Roto del matrimonio el suave lazo, del amor terrenal la llama intensa en su alma acongojada se ha extinguido.

No la hagáis revivir, que en su regazo, donde, al par que refugio halló defensa, el Angel del Amor está dormido.

AGUSTÍN PAJARÓN

Granos de sal.

Hay puntos, y puntos fuertes, y hasta puntos... filipinos que son padres de la patria y no lo son de sus hijos.

En la calle de Pizarro, varios jóvenes cretinos que tirar deben de un carro, molestan á los vecinos; ¡qué lástima de catarro!

Me dijo la otra noche doña Lola, que ha sido una mujer de vida airada y liosa, además, como ella sola: — Desde que sé que el mundo es una bola, que no creo absolutamente nada.

Sé que me has llamado viejo en el café de Castilla, con otras de tu aparejo, porque dije que eras... Dejo sin terminar la quintilla.

GONZALO CANTO

EL PROCEDIMIENTO



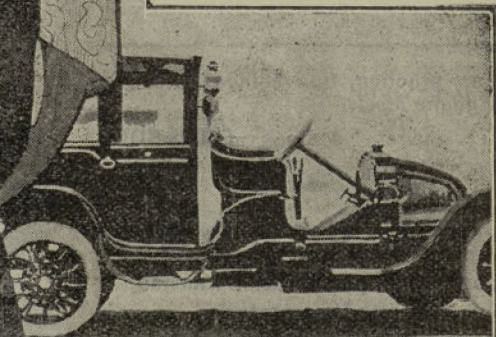
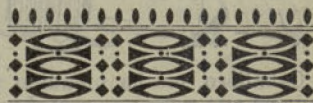
—Señorita, dígame qué he de hacer para merecerla. Hace tiempo que la amo en silencio.

— Pues continúe usted haciéndolo de ese modo.



DE LAS QUE PICAN ALTO

—Primero, me conformaba con un buen tronco; luego, pedí un «auto», y ahora, sueño con un aeroplano para que no me moleste el polvo.



Matess



Nuestras artistas y la guerra.

PASTORA, BELICOSA

Empiezo por confesar que no he hablado nunca con la reina «cañi», como han dado en llamarla los admiradores del baile gitano, esto es, los versados en bulerías y juergas de tacón.

No he hablado, ni falta que me hace; porque yo he creído siempre que, cuando los ojos de una mujer son expresivos, basta con leer en ellos, sin necesidad de más explicaciones.

A propósito de su opinión sobre la guerra, mejor dicho, de su impresión acerca de la guerra, por lo que ésta haya podido perjudicarla, he sabido leer en sus «clisos», con la misma claridad que lei en ellos en otra ocasión. Sino que en esotra ocasión lei una expresión de ira, y esta vez he visto retratarse en ellos la templanza, más aún, la satisfacción.

Fué aquello, hace muchos días, en un teatro de esta corte. Cerca de Pastora, y no sé si ajeno á la presencia de la artista, un chismoso de bastidores relataba amenamente que D. Fernando Díaz de Mendoza había recibido un retrato de Gallito con la siguiente dedicatoria: «A D. Fernando D. de Mendoza, su distinguido amigo Rafael Gómez (el Gallo).»

Cuantos rodeaban al narrador, prorrumpieron en carcajadas; pero yo desvíe mi vista del grupo, y vi centellear los ojos de la reina «cañi» iluminados por la ira. ¡A caer en ellos el distinguido comentarista, se abraza como una mariposa!

Pues más recientemente, apenas hace tres noches, á las puertas del Teatro Lara, se hablaba en un grupo de cómicos de la crisis general producida por la guerra, y más principalmente, del perjuicio enorme que ésta había causado al Teatro, retrayendo al público y descabalando números artísticos al tener que vestir el uniforme de su país los artistas extranjeros.

—¿Y si hubiesen movlizado en España? —preguntó alguien en el grupo.



Pastora Imperio.

Y la pregunta, elocuentemente contestada por un otro, obtuvo en los ojos de Pastora una respuesta, que yo leí con clarísima precisión.

Los ojos de la estupenda artista gitana brillaron alegremente ante la perspectiva

ACTUALIDAD ARTÍSTICA



Balder.

El hombre que mejor habla con el vientre y que discurre bastante bien con la cabeza. En breve publicaremos una interviú que «Gaonilla», su muñeco favorito, ha hecho al diestro Gaona.

de la movilización de nuestro Ejército. ¿Por qué?

Bien claro estaba: porque movilizados los últimos reemplazos, la hermana hubiese sufrido la dolorosa separación del hermano; pero la artista, el número artístico, habría tenido que agradecerle á la guerra un favor inapreciable: el de prescindir de la guitarra de Víctor.

Juraría que fué ese el pensamiento de la mujer que mejor baila y peor canta en España.

CÉSAR JALÓN

Biblioteca Regional de Madrid

CONTRASTES CALLEJEROS

Era hermosa, tan hermosa, que volví mi vista y la clavé en su talle cimbreador, y seguí absorto las ondulaciones de aquel cuerpo cuyas curvas espléndidas vibraban á modo de diapasones del placer.

No pude verla la cara. Pero mi fantasía se la forjó á su capricho. Á las guedejitas flotantes de pelo color azabache que salían ensortijadas por debajo del sombrero, debía corresponder una frente tersa y blanca con marquesina de rizos negros también; unos ojos rasgados, de óvalo de almendra, con el blanco muy blanco y las pupilas como dos estrellas; una nariz fina, respingona, de olfatear lascivo; una boca diminuta, con dos rastras de dientes marfileños sobre fondo carmesí.

Y seguía columpiándome en mi quimera, mientras la hembra de contornos vibradores se perdía en el barullo de la calle... Aún divisaba su talle flexible. Ahora, no más que su cabeza erguida, con los rizos negros y revoltosos flotando á su alrededor como un nimbo de sombra... Ya se me extravió, por fin...

Sali de mi éxtasis de unos segundos, y, ¡horror! Por poco no doy de bruces con un armatoste que, á duras penas, llevaba un hombre á sus espaldas... Era un ataúd negro, antipático, con todas las antipatías de la muerte. Me hizo el efecto de un latigazo en el alma.

La perra realidad, con todas sus argucias de maestra, quiso tocar el resorte de su cosmografía mágica y trocarme la luz en sombra... Pero no, jeso, no!

Hay momentos optimistas, en qué toda reflexión, por honda y real que sea, parece trasnochada. Hay días en que la sangre joven se amotina en las arterias y quiere imponerse con todas las bravuras del sexo. Días en que se sale de casa para amar...

Y en esos días, por otra ley muy humana, la visión de la muerte pasa siempre de largo...

ANGEL ALCALDE

La redacción, administración y talleres de la imprenta de «Ediciones ESPAÑA», se ha trasladado á la calle de Santa Isabel, 45.

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

Interrogatorio. Con el sombrero puesto y el stick en la mano, á punto de salir, Silverio d'Espagnac —lin do mozo, á fe mía—, después de echar una postrera ojeada al espejo, llamó á su ayuda de cámara y le preguntó con cierta emoción:

—Justino, ¿el nombre?

—Clarisa, señor.

—¿El apellido?

—Mme. de Ville-

rose.

—¿Títulos?

—Baronesa.

—¿Edad?

—Unos veintitrés años.

—¿Casada?

—Se la cree viuda.

—¿Y la casa?

—Calle de Penthièvre, 17.

—¿Piso?

—Principal, después del entresuelo.

—Recapitulemos: la baronesa Clarisa de Villerosé, de veintitrés años de edad, viuda, habita en la calle de Penthièvre, 17, principal. ¿Es esto?

—Sí, señor.

—Está bien. ¡Ah! Justino: tendrás las maletas á punto, porque si á la baronesa le parece bien, partiré con ella á Italia esta misma noche.

Silverio d'Espagnac, luego de pronunciadas estas frases, atravesó la antesala, descendió la escalera, y al penetrar en el landó,

dijo al cochero: «Calle de Penthièvre, 17; aprisa.

Tres años hacía ya que semejante ó parecida escena se repetía todas las mañanas.

TEORIAS MODERNAS



—¡Oh, no, Juanita! Eso sólo puede tolerarlo un hombre sin sentido.

—Al contrario, bobin: el hombre con sentido, es el más tolerante.

A las preguntas de su amo —sin llamar en su auxilio recuerdo alguno, sin adquiridos informes, ni estratagema de ningún género—, Justino debía responder el nombre, el apellido, el título, la edad y la dirección de una mujer completamente imaginaria; y nunca Silverio había dejado de acudir al domicilio designado, ni había tampoco dejado de quedarse dolorosamente abatido, cuando la conserje —como es natural!— contestaba: «No sé de quién me habla usted; no conozco á esa persona.»

¿Por qué esta comedia, en apariencia absurda? Porque, hastiado de amores fáciles y de todo lo previsto en semejante materia, Silverio d'Espagnac no quería en adelante deber sino á la más extraordinaria de las casualidades, la mujer de que había de enamorarse.

¿Esperaba acaso que un misterioso enlace entre la voluntad de la providencia y la imaginación de su ayuda de cámara le permitiría, un día ú otro, encontrar la querida ó la esposa predestinada?

¡Tal vez!

Y esta esperanza era para él infinitamente halagüeña, por lo mismo que se fundaba en una perfecta quimera.

DE LA VIDA



— ¡Qué cosa más extraña es nuestra vida! Cuanto más se alarga, más se acorta.

UNA RAZON



— Bueno, quedamos en que no roncas, ¿eh?

— No; de eso estoy segura. Mira, hace pocas noches me quedé en vela á ver si roncaba, y no ronqué.

Ni las muchachas que jamás rehusan, ni las bellas *mondaines* que ceden á veces, logran distraerle de su constante pensamiento; más de una, entre las que otros codiciaban ardentemente, le había en vano mirado y sonreído de aquella manera que invita á estrechar las distancias. ¡Su deseo era único, y no daba lugar á otro!

Y así, con zozobras y emociones renovadas siempre y con ilusiones al breve rato perdidas, mandaba á su automedonte que le llevase á la dirección indicada por la inagotable fantasía de un criado novelero.

Detúvose el coche. Al subir los cuatro escalones que daban acceso á la portería, Silverio, á pesar suyo, temblaba, y retardaba el paso para retardar á la vez el instante de la cruel respuesta, ¡ay! harto sabida.

— ¿Mme de Villerosé... me hace usted el obsequio...?

— Está en casa, caballero.

— ¡Eh! ¿qué dice usted...? — exclamó Silverio con el corazón sobresaltado—. No... debe usted haber oído mal... He dicho Mme. de Villerosé.

— Sí, señor; sí.

— ¿La baronesa Clarisa de Villerosé?

— Cabalmente.

- ¿Una señora de unos veintitrés años?
 —Me parece que una cosa así.
 —¿Que es viuda?...
 —Hace dos años.
 —¿... Y... que vive en el principal...?
 —Sobre el entresuelo.

Precipitose Silverio á la escalera, montó los peldaños de cuatro en cuatro, llamó, no dió tiempo de que le anunciassen, empujó una puerta, luego otra, penetró en el *boudoir*, y cayó jadeante á los pies de una mujer joven, que le miró estupefacta.

Como era rubia y deliciosamente bella —el azar se hubiera guardado de detenerse en tan hermoso camino—, no se le acudió á Silverio ni un momento la idea de alzarse. ¿Qué palabras pronunció? ¿Con qué irresistible pasión le reveló, no sin unir á la voz el gesto, sus osados anhelos? No sé. Mme. de Villerosé, á quien sin duda no dejó de contar con todos sus detalles la historia de su quimera realizada, comprendió tal vez que hubiera sido locura dejar de seguir la corriente y tomar de mal grado la fatalidad de tan admirable coincidencia. Acaso también la baronesa era de aquellas mujeres que ordinariamente no saben resistir á los ruegos del hombre que ven á sus pies arrodillado.

El hecho incontestable es que aquel día las maletas no se arrojaron en vano.

Silverio y Clarisa gozaron en los paseos lentos, cogidos del brazo, bajo las alamedas de Niza; cruzaron, sentados bajo las toldillas de las góndolas, los canales de Venecia, hundiendo la vista en el azul inmenso; y en Nápoles, abrazados en el balcón, miraron durante las serenas noches ascender en haz nebuloso á las estrellas las llamas del Vesubio.

Más enamorado de día

en día, Silverio era completamente dichoso, y no experimentó sino pasajera tristeza la mañana en que Clarisa le dijo:

—¿Volver á Francia? Como te plazca, queridito mío. Pero... ¿no es verdad? despidirás á Justino .. regalándole, sin embargo, una buena suma. Me incomodaría, ¿comprendes? y no podría menos de ruborizarme ante ese pobre muchacho, porque él... fué cómplice del ardid que por tu amor imaginé, ¡corazoncito mío!

CATULO MENDES

EL PRINCIPIO DEL FIN



—Señorita, la verdad es que no sé por dónde empezar...

—Pues empiece usted por donde hemos de acabar.

AMISTAD CONSECUENTE



—¡Pero, chico, ahora que has heredado, tampoco me pagas!

—No; porque así te demostraré que la fortuna no me ha «cambiado», y que yo soy siempre el mismo.

ORIENTAL

Riquísimos pebetes aroman la estancia donde se alza el trono del califa de Bagdad; azuladas nubecillas, emergiendo de los pebeteros, esfuman las incrustaciones de oro de la techumbre de rosado sándalo; á los rayos del sol cabrillean las argénteas bordaduras de los tapices, y la luz, tamizada por los cristales policromos de las celosías, va á quebrarse en los colorines de la alfombra pérsica. Como sílabas perdidas de una conversación de aves, llegan del interior del palacio las notas de una danza voluptuosa, dulce, poética... La música manda para el califa una invitación al sueño.

Y el califa sueña... Ve en su ardiente fantasía huries que, en mágico aquellarre, desfilan envueltas en la seda larguísima y aterciopelada de sus cabelleras, mostrando los senos de nieve que se mueven con temblores impuros, destellando de los endrinos ojos rayos de lujuria que abrasan el alma del sucesor de Mahoma. Entre las huries, el califa distingue á Miriam, la cristiana; entorna el musulmán los ojos para mejor gozarla con la mente... Y una puerta de la estancia se abre para dar paso á un emir que, posternándose ante las gradas del trono, dice con voz de respeto:

—¡Que Alah te guarde, califa!
—¡Que El te guie, Ben Humea!
—¡Califa de Bagdad, ayudado por mis soldados, he aprisionado á Miriam, la sultana española, por quien penan tus excelosos ojos! ¡Será la joya más preciada de tu harem!

—Serás nombrado jefe de los hajibs, Ben-Humea. Convoca á tus wazires, y diles que, para ti y para ellos, hoy se abrirán las puertas del harem del califa.

II

Doblan alegremente las campanas de todas las mezquitas de Bagdad; por las calles, exornadas con arcos lujosos de laurel, cruza una multitud delirante; varios esclavos de negros y lucentes bustos reparten entre el gentío suculentas viandas y vinos riquísimos... Bagdad, la Perla del Oriente, celebra el triunfo alcanzado por sus hijos sobre las huestes infieles á la religión del Profeta.

En el palacio del califa, las odaliscas, acompañadas de corpulentos esclavos de la Nubia, bailan la «danza de la victoria». Reclinados con pereza en aterciopelados cojines, Ben Humea y los wazires siguen atentamente las contorsiones de las bellas... Y se oye el vibrante son del martillo de oro: es la señal del despejo. Retíranse los esclavos, y el emir y los capitanes, abrazados en loca confusión á las odalis-

CHIQUILLADAS



—Yo creo, Luisín, que si nos estamos así, no nos casaremos nunca.

—Pues yo opino al contrario, que si nos casamos, no nos estaremos nunca «así».

cas, se entregan á la orgiástica alegría de la saturnal.

III

Miriam, la hermosa cristiana, deja correr lágrimas que, como hilillos de plata, resbalan por las mejillas de armiñada tersura. Su seno se alza y deprime á impulsos de mortal congoja; un esclavo negro como la tinta contémpiala extasiado; crúzale la mente deseos ardientes... Se acerca á Miriam, ésta lanza un grito y el esclavo la acosa... Fuera suenan voces: es el califa que se acerca. El negro abalanzase á la puerta y corre por dentro el cerrojo; avanza hacia la cristiana y la oprime entre sus brazos nervudos de etiope. Miriam le arranca de la cintura el puñal damasquino; blandiéndole con valentía, huye al otro extremo de la estancia. El califa golpea la puerta con rabia. Miriam, con un movimiento rápido, se hunde el puñal en el corazón... Cuando Miriam cae al suelo, avanza una sombra: es el etiope que cae sobre la nazarena, la abraza, la besa... Y á la última convulsión de agonía de la virgen, responde el espasmo de placer del fauno. La puerta, hecha pedazos, deja paso franco al califa de Bagdad, que llega á tomar posesión de la joya más preciada de su harem.

IV

Descansa el califa sobre los cojines del trono; su mirada es dura: tienen sus ojos la fiera de los del león cuando se ve acosado en su propia madriguera.

Atados á la espalda los membrudos brazos, entra en la estancia Selim, el esclavo nubio que holló la inmaculada pureza de la mártir española. Tras de él, armado de luciente cimitarra, va el verdugo del califato. Y el califa pronuncia una palabra:

—¡Hiere!

Silba en el aire la acerada hoja del arma... Y la cabeza del nubio, separada del tronco, rueda á los pies del califa como una bola negra sobre un río de sangre.

El muezin, desde el minarete de la *aljama*, la mezquita principal de Bagdad, con voz robusta llama á los creyentes al *alasar*, la oración de la tarde...

José COSTA FIGUEIRAS

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

TÚ Y YO

Eres el manantial tranquilo y puro,
y yo un sediento de abrasada boca;
no extrañes, pues, hermosa de mi alma,
que tras ti apasionado siempre corra.

Eres el árbol santo de la vida,
divino oasis de la tierra hermosa,
yo, el luchador que llega fatigado
á disfrutar de su apacible sombra.

Eres igual á la visión brillante
de la anhelada gloria,
y yo soy el poeta que á tus plantas
hizo la ofrenda de su vida toda.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de «Ediciones España,,

Calle de Santa Isabel, 45.

Biblioteca amorosa

La forman una colección de novelas pícaras ó sicalípticas de célebres novelistas, tanto nacionales como extranjeros, y va ilustrada por populares dibujantes.

Dada la índole de la «Biblioteca amorosa», todos los tomos van enfajados y precintados.

Se han publicado los siguientes títulos:

Memorias de una ramera.

Tres noches de amor.

Cómo se conquistan los hombres.

Las noches de una condesa.

El misterio de una alcoba.

Moverse á tiempo.

La modelo desnuda.

Memorias íntimas de una artista.

Los placeres de dos señoritas.

Los apuros de un novio.

30 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. Remitiendo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltos. De deseárselos certificados, hay que añadir 25 céntimos.

Dirigirse á

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, consideran do su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, envían do 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dólar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.